Florencia

Los límites del hombre

TEXTO Y FOTOS:
Rafael Chirbes

No es difícil que el viajero apresurado se equivoque con Florencia y acabe por visitar una ciudad que no existe. Que lo confundan los rebaños de turistas que la recorren bajo paraguas multicolores en un día de lluvia. Que se deje engañar por la presencia de miles y miles de japoneses, alemanes, americanos, franceses o españoles que guardan largas colas envueltos en chubasqueros y soportando las rachas de viento y agua a la puerta del Duomo, o que se ordenan rigurosamente bajo las arcadas de la Galería degli Ufizzi a la espera de que el conserje dé la señal de paso a una nueva tanda de afortunados, que entrará en ese deslumbrante depósito de belleza como si entrara en el corazón de Dios. Que lo distraigan de su percepción los gritos y risas y carreras de los adolescentes de cualquier lugar del mundo que se persiguen excitados y se empujan ante las puertas del Baptisterio (las puertas son otro corazón de Dios: Florencia tiene unos cuantos), celebrando una fase más de los ritos de iniciación de fines de siglo, que incluyen ese obligado viaje escolar a Italia. Sin que ellos lo sepan, su viaje adolescente a Italia prolonga una larga historia de fascinación por el sur (ese sur en

Florencia ha sido descrita como una ciudad hercúlea, con edificaciones de un tamaño sobrehumano: en la página opuesta, el Duomo; arriba, estatua de Miguel Angel; a la izquierda, un rincón de la Galería degli Uffizzi.

el que crece el limonero, que decía Goethe) que ya Atila cumplió y también cumplieron Byron y Shelley, y Goethe, y Stendhal, y Thomas Mann, y tantos otros.

Es probable que, como fruto de todo ese ruido externo y de sus propias expectativas como turista, el viajero que va a Florencia acabe contemplando una ciudad que no es la que tiene ante sus ojos, no sólo porque Florencia, a diferencia de tantas otras ciudades de arte, sigue siendo un espacio vivo que conviene descubrir más allá de las piedras, sino también porque se resiste a entrar en la superficie de una tarjeta postal.

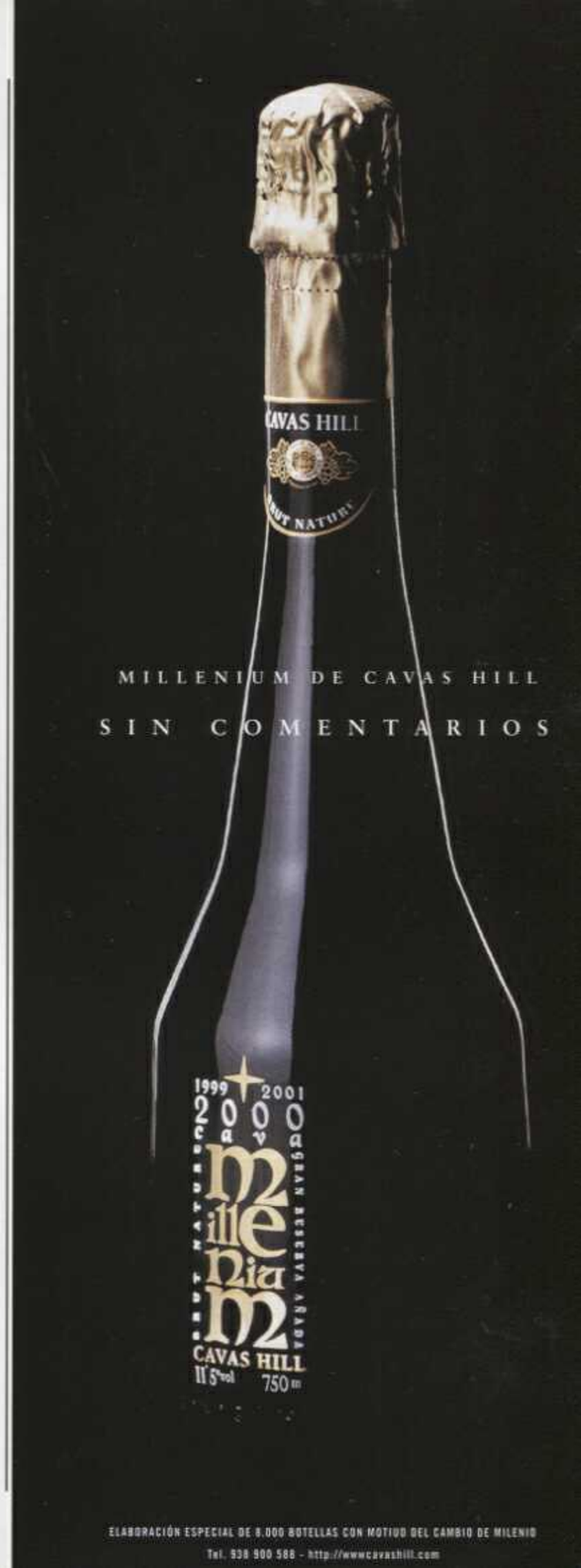
Florencia -y por eso, el viajero no debe confundirse- no es una postal del Arno -París, postal del Sena, que diría Blas de Otero-, que

entra fácilmente por los ojos, sino que es una ciudad que exige del esfuerzo de la mente para ser entendida, e incluso para ser admirada por algo más que por las dimensiones de la cúpula de Brunelleschi, o por la riqueza policroma de sus mármoles, o por la desbordante abundancia de sus museos, ya que, aunque -desde lo alto de las colinas, desde las escaleras de San Miniato- pueda parecer, tendida al fondo del valle del Arno, "una figurita artística situada en medio de una espaciosa ánfora" (son palabras de Taine), la ciudad muestra -en su arte, que no en su gente- cierta desabrida altivez capaz de humillar al viajero; una altivez que a ratos amenaza con paralizarlo, indefenso, y a ratos lo excita con el afán de conocer algo que, por su enormidad, resulta rigurosamente inalcanzable al menos en el corto espacio de tiempo que dura una vida humana. Maupassant, con quien el viajero comparte más complicidades éticas y estéticas que con Taine, decía que uno salía de Florencia doblado por el peso de la ciudad como el cazador afortunado se dobla por el peso de las presas capturadas. Así es.

Desde el mirador privilegiado de San Miniato, las casas de la ciudad se ordenan o, a trechos, se amontonan en las orillas del Arno, y crean la impresión de una amable vista panorámica repleta de encanto, hasta -podría decirse así- de grato tipismo: es la postal. Los árboles que el otoño amarillea, las laderas de las colinas pobladas de vegetación civilizadamente mediterránea, y, abajo, las cúpulas y torres que sobresalen por encima de la costra rojiza de los tejados de barro cocido distraen de la dureza de las escamas de piedra de las construcciones, que, vistas a ras de suelo, en algunas desgastadas fachadas hacen pensar en fenómenos geológicos más que en cristalizaciones de proyectos arquitectónicos, mientras que, en otras, recuerdan la coraza de un galápago, o mejor aún, la imagen que en ciertos relieves romanos ofrecen los ejércitos al cubrirse con los escudos, utilizando esa técnica de guerra que -precisamente por su parecido con el caparazón de los galápagos- se conocía con el nombre de testudo.

Félix de Azúa, en un texto que escribió hace quince años para esta misma revista, era menos sensible al engaño que Taine, menos proclive a dejarse embaucar por esa benevolencia de la ciudad-postal vista desde las dulces laderas en las que crecen olivos, encinas, naranjos y limoneros, y que están punteadas por la vertical de los cipreses y por las románticas ruinas de las torres de la extinta muralla. Azúa, no sin razón, hablaba de una ciudad hercúlea y seguramente lo hacía porque, aunque nuestro metro de platino iridiado se haya alterado en el transcurso de los últimos quinientos años, y adapte sus mar-

La ciudad muestra en su arte una desabrida altivez capaz de humillar al viajero. A la izquierda, el Duomo; arriba, mosaico del Baptisterio.



En el espacio urbano de Florencia — sobre estas líneas el Puente Vecchio— y en sus manifestaciones artísticas, manda lo privado sobre lo público, en una ciudad que debe su belleza a las plusvalías generadas por la industria y el comercio entre los siglos trece y dieciséis.

arriba, describía las dos líneas que marcan la topografía urbana de Florencia -la línea de la muralla, ya casi desaparecida, pero que se mantiene como un molde; y la del río Arno-, definiéndolas como un tenso juego de tirantes de arco y vigor de flecha. Con esa sequedad miraba el escritor una urbe que se consideró esforzada descendiente de Hércules. Se trata, sin lugar a dudas, de una visión menos consoladora, pero más acorde con la historia que la de Taine, y de la que, por lo general, nos regalan las guías de viajes.

Por lo demás, las cumbres de belleza e inteligencia que Florencia acumula bajo su caparazón de piedra no atenúan, sino que subrayan la fuerza de la ciudad, ya que consiguen implicar en esa medrosa desolación que se

cas a la desmesura de los rascacielos de Nueva York y Hong-Kong, cualquier persona que guarde cierta sensibilidad histórica se da cuenta de inmediato de que las edificaciones de Florencia no poseen un tamaño que pueda definirse como humano.

Más de medio milenio después de que el dinero de los patronos y la destreza de los artistas a su servicio decidieran levantarlas, aún siguen sorprendiendo por su ambición y falta de lógica utilitaria a los turistas que toman la ciudad del Arno al asalto cada mañana. El campanile del Giotto y la cúpula de Brunelleschi, en el Duomo; o las torres de la Signoria y del Bargello (así se llama el palacio del tribuno del pueblo), sobrepasan en unos casos y rozan en otros el centenar de metros. No es un tamaño precisamente humano.

Tampoco puede decirse que

las estatuas que pueblan absurda y desordenadamente la Piazza della Signoria sean en rigor humanas: los cuerpos de esos seres de piedra de varios metros de altura, cargados de potencia muscular y de atributos viriles, son los de héroes o dioses, y no los de hombres, como falsamente querían hacernos creer los libros de texto que nos hablaron de ellos cuando éramos adolescentes. No, el turista o el curioso no contemplan a esos individuos de piedra como retratos de sí mismos, sino como ideales que jamás podrán cumplir. No reconfortan al mirón, como a Narciso lo reconforta ver su rostro reproducido en la superficie del agua, sino que lo admiran y amedrentan como amedrentan los héroes con su fuerza y los dioses con su potencia y con su humor arbitrario y cambiante.

Azúa, al ver la ciudad desde apodera del viajero no sólo a las potencias físicas, sino también a lo que los teólogos definían como potencias del alma. A su carácter de metáfora sobre la fuerza suma Florencia su papel de metáfora de la belleza y también de las complejas relaciones entre el arte y las más vergonzosas y crueles prácticas de poder.

Digamos que, además, si uno se introduce bajo la concha de la tortuga florentina, sale herido por los cascotes que produce el desplome de tanta belleza sobre una sensibilidad de humilde mortal recién escapado de una familia de primátidas. El viajero descubre que inteligencia, sensibilidad, dinero y poder son términos sinónimos y, como decía Maupassant, sale doblado por el peso de las piezas capturadas en la cacería que ha emprendido.

Pero ya hemos bajado de San Miniato. Y hemos compro-

bado que, a ras de suelo, Florencia -si exceptuamos el mármol policromo que envuelve como un engañoso papel de regalo algunos de sus grandes edificios- no es una tarjeta postal. No son de tarjeta postal las descomunales naves de sus iglesias, las inmensas columnas, las obras escultóricas que se aprietan contra sus muros, como un desafinado concierto en el que todos los artistas -Della Robbia, Donatello, Miguel Angel- parecen autistas empeñados en dar lo mejor de sí mismos en contra incluso de las más elementales normas de convivencia y armonía; ni es de tarjeta postal la sequedad de la piedra monótonamente ordenada que compone la mayoría de las fachadas: los estrechos callejones medievales, en los que se levantan las imponentes casas-torre, soberbias aún, pese a que, en su día, fueron desmochadas; o las calles más nobles, en las que se alinean oscuros palacios que al paseante parecen reservarle su pecho acorazado, o su despectiva espalda, guardando la delicadeza de puertas para adentro. La visión de quien mira esas iglesias de proporciones y riqueza clamorosas, esos palacios hercúleos (aún más lúgubres en la soledad de la noche) provoca una acongojante sensación de fragilidad, de desamparo. Avivan en el viajero la conciencia de triste descendiente del primate.

No, no es Florencia ciudad que se preocupe por engatusar al visitante, ni siquiera brindándole bellas perspectivas, o amables rincones; no es el París de las Tullerías y los Campos Elíseos, o el de Montmartre, a pesar de que la ciudad se despliegue en algunos lugares determinados: la deslumbrante Piazza della Signoria, la de l'Annunziata, la de Santa Croce, la de Santa Maria Novella. En esos casos, y si

Los cuerpos de esos seres de piedra, cargados de potencia muscular y de atributos viriles, son los de héroes o dioses, ideales que jamás podremos cumplir, y no los de hombres en los que podamos reconocernos.

exceptuamos los huecos abiertos no hace muchos años por las intervenciones de urbanistas del siglo pasado, o por la que desgraciadamente llevaron a cabo de forma violenta los nazis en su retirada al final de la guerra, cuando volaron estúpida e inútilmente los puentes y, con ellos, parte de la trama medieval, no se trata de espacios propiamente escenográficos, como los que ofrecen la propia París, o Roma, sino de huecos que han nacido del utilitarismo de alguno de los sectores sociales de la ciudad.

De hecho, esas plazas florentinas se encuentran en los límites del antiguo perímetro amurallado, y se abren ante los conventos que fundaron en los arrabales o borghi las grandes órdenes religiosas para atender las necesidades de los más desfavorecidos, en una ciudad de comerciantes en la que los obreros estaban expuestos a permanentes epidemias y a otras formas de miseria. No hay que olvidar que la cumbre narrativa que nos entregó Florencia, el Decamerón de Boccaccio, se limita a contarnos la reunión de un grupo de privilegiados ciudadanos que buscaron refugio contra la terrible peste de 1348 en una de las saludables y bellas villas de las cercanías de la ciudad. Las plazas ante los conventos servían para reunir a los fieles durante las predicaciones y las grandes ceremonias religiosas. Lugares de agitación moral y de consuelo.

Pero volvamos a nuestro tema. No entiende nada de esta ciudad quien se olvida de que Florencia debe su esplendorosa belleza a las plusvalías que generaron la industria y el comercio que florecieron entre los siglos trece y dieciséis, y que en su composición como espacio urbano manda lo privado sobre lo público y, como elevación de lo privado, lo gremial. Esa forma de ser ha quedado marcada en su urbanismo. Fueron los grandes gremios quienes ejecutaron algunas de sus mejores obras (la iglesia de Orsanmichele, antigua lonja, es sólo un ejemplo).

La riqueza florentina surgió de la habilidad con que sus comerciantes supieron comprar lanas en el norte de Europa, trabajarlas como nadie y comerciarlas por todo el mundo conocido. En definitiva, la historia de Florencia es la de un gran puerto del

La cocina florentina

Con las raíces muy hundidas en el cercano campo -Florencia, según dicen, fue llamada así por los romanos por la riqueza de su vega-, la cocina florentina puede defraudar a quien espere refinamientos cortesanos en su recetario. El refinamiento en las mesas florentinas -como, en general, en toda la cocina toscana- hay que buscarlo en la calidad de los productos, en la precisión con que los ingredientes se mezclan. Verduras y hierbas silvestres, legumbres, carnes rojas cocinadas sin complicaciones (la *bistecca alla fiorentina* es una chuleta asada con unas gotas de limón), complejos platos de vísceras (la *trippa alla fiorentina* son unos espesos callos con tomate y espolvoreados con queso, resultan riquísimos los *fegatelli*, o hígados, que preparan al hinojo), setas y hongos (los florentinos adoran los *funghi porcini*, que es como llaman a los boletus edulis, y, aún más las trufas) componen el centro de la despensa florentina.

Envolviéndolo todo, el delicado aceite de oliva toscano, seguramente el más delicado del mundo, y, como compañía, los *chiantis*, esos vinos profundos, complejos, elaborados a partir de la magnífica variedad *sangiovese* y que redondean espléndidamente los platos de caza, matizados con setas y trufas, y los sólidos cocidos y sopas. Generalmente, la denominación de origen Chianti clásico no sirve para garantizar la excelencia del vino. Hay que inclinarse siempre por las elaboraciones de las bodegas más prestigiosas. *Antinori, Ruffino, Montevertino* o *Frescobaldi* son algunos nombres apreciados en todo el mundo.

Las invernales *minestrone*, sopas de verduras y legumbres cuya composición cambiante enriquece un plato que siempre acaba siendo denso, sabroso; la popular *ribollita*, un pot-pourri en el que intervienen las verduras -apio, zanahorias, tomate, puerros, cebollas, romero y tomillo-, las alubias, el jamón, el queso parmesano y -cómo no- el aceite de oliva.

Las alubias (*fagioli*) están presentes en la mayoría de las comidas. Y los propios florentinos se llaman a sí mismos, con ironía, y hasta con orgullo, "mangafagioli", come-alubias. Se toman excelentes sopas de judías perfumadas con hierbas aromáticas (tomillo, romero), o nada más que cocidas y, ya en el plato, regadas con un chorrito de aceite crudo.

Pero los florentinos son también maestros en el arte de comer al paso, en las panaderías -riquísimas *focaccie* y *schiocciate al ollio*-, o en las populares *mescite* en las que se bebe vino y se sirven sabrosos *crostini* untados de queso, de guisos de vísceras (higaditos), de mozarella, tomate y orégano; de queso pecorino; de salazones; o -maravillosos- perfumados con leves láminas de trufa.

A la hora de las pastas, y como ocurre en toda Italia, los florentinos las toman frescas, recién elaboradas. Son especialmente apreciados los *raviolis de ricota y espinacas* y, sobre todo, los *parpadelle* al huevo.

Mediterráneo. Y su topografía urbana reproduce la de otras ciudades nacidas a orillas del mismo mar: callejas que se aprietan en el interior de la muralla y que se protegen del viento y la humedad con un nuevo recodo, que a trechos dibujan como en un palimpsesto los restos dejados por la antigua fundación romana. Claro que Florencia ha sido siempre un puerto sin mar. El río Arno ha servido como atrio de un puerto que Florencia tuvo que buscarse unas veces en Livorno y otras en Pisa. En el afán por el control de esas ciudades y en las alianzas que tuvo que tejer para seducirlas o conquistarlas, se explican buena parte de los avatares, luchas de banderías y guerras de su historia.

En ese sentido, la historia del Renacimiento florentino es la historia de cómo la guerra y el comercio se envuelven en un caparazón de vanidad que se llama arte, cuando no crean obras que nacen directamente de las estrategias que exigen la conquista del poder (Maquiavelo), o del mundo (Galileo, Americo Vespuccio). Y de alguna manera, el propio Savonarola, ese gran intransigente que acabó sirviendo como tea a la intransigencia de otros, no fue sino un adelantado de la visión del ahorro burgués que acabaría por prender en Ginebra, en la ética implacable de Calvino. Savonarola fustigó el lujo y el despilfarro de una oligarquía florentina que se olvidaba de las legiones de pobres que poblaban las calles y plazas de la urbe.

En el juego de alianzas, e intereses contrapuestos de una ciudad ávida de poder y riquezas, Florencia, antes de engendrar El Príncipe de Maquiavelo, ya había engendrado la Comedia de Dante, con un infierno poblado de rivales políticos. El propio Dante había sido víctima de ese implacable juego y vivió la desolación del exilio. Güelfos y gibelinos se enfrentaban dentro de los muros de Florencia porque buscaban en el exterior redes distintas de aliados.

Tantos siglos después, aún sorprende la densidad y desmesura del poder que llegó a acumular esta ciudad que, por lo demás, ocupaba un lugar marginal en el trazado de las rutas marítimas y terrestres, como nos fascina descubrir que, de esa sobrecarga de crueldad, naciera tanta delicadeza durante tantos decenios: Giotto, Cimabué, Fra Angelico, Brunelleschi, Boticelli, Ghiberti, Miguel Angel, Leonardo, Rafael. La lista sería interminable en el trazado de esa incierta mezcla de los más voraces valores privados con la necesidad de convertir el triunfo social en un ornamento público que se exhibe como un sello de poder entre los paisanos y que, además, tiende a buscar la perdurabilidad de lo eterno.

A su carácter de metáfora de la fuerza, suma Florencia su papel de metáfora de la belleza. Arriba, perspectiva de la Plaza de la Signoria; abajo, la Anunciación de Fra Angelico.

Sobrecoge contemplar la grandeza de las tumbas de los Médici esculpidas por Miguel Angel, encanta la naturalidad con que Masaccio en la capilla Brancacci de la Iglesia del Carmine, o Benozzo Gozzoli en la capilla dei Magi del Palazzo Medici-Riccardi pintaron mundos que, en insólito juego de equilibrios, muestran la viveza realista, pero transfigurada por los ideales de belleza y felicidad de una clase pagada de sí misma (no cito a Botticelli, porque, en Botticelli, como en Garcilaso, o en Petrarca, pesa más el ideal y se vence de un lado el equilibrio de la engañosa balanza). Resulta, sobre todo, deslumbrante y sobrecogedor que tanta serenidad naciera protegida por el duro caparazón de la sangre y el oro.

La mediterraneidad de Florencia explica que su retículo urbano tampoco se interrumpa con la presencia de jardines y parques, un rasgo, una carencia de nuestras viejas ciudades que siempre ha sorprendido e irritado a los habitantes del norte de Europa, que no han entendido que, en ese sur que tanto les fascina, el jardín, el huerto se sitúa en el límite de lo rústico, y que, si existe, forma parte del espacio privado de recreo familiar: la fuente en el patio, el huerto en la trasera de la casa, el claustro del convento que da luz a las celdas de los monjes y serena su vista. Florencia -puerto mediterráneo de tierra adentro- es como las viejas Génova, Marsella, Barcelona, Palma y Valencia, un seco laberinto de piedra desnuda de ornamentos vegetales. La ciudad mediterránea se ha construido como un baluarte frente al campo.

Muchos viajeros han sido incapaces de perforar esa dura costra florentina, tan característica de los pueblos del Mediterráneo. Por eso, Florencia -esa cumbre de cuanto el hombre ha podido llegar a ser e imaginar- cuenta casi con tantos detractores como admiradores en las antologías que recogen los textos que sobre ella han escrito quienes la visitaron. Sorprende que algunos pensadores no hayan apreciado lo que deslumbró durante siglos a rústicos e incultos. Al parecer, cuando Brunelleschi realizó la cúpula sobre tambor de Santa María del Fiore los campesinos de los pueblos cercanos acudían en masa a ver aquella deslumbrante construcción que flotaba por encima de la ciudad, sobrevolándola. También dicen que la multitud aplaudió entusiasmada cuando Miguel Angel sacó de su estudio la deslumbrante estatua del David para que la instalaran en la Piazza della Signoria, y que incluso las gentes más incultas y pobres viajaban desde muy lejos para contemplarla. Sin embargo, muchos artistas y hombres refinados han despreciado la ciudad que ahora todos esos millones de turistas que la contemplan cada año consideran como paradigma de la belleza, como el mayor logro de arte e inteligencia que, en el transcurso de su historia, ha creado el ser humano.

Así, los Goncourt quisieron explicar la fascinación que los ingleses siempre han sentido por Florencia, comparando la ciudad del Arno con la oscura Londres. En sus diarios escribieron de Florencia: "Ciudad completamente inglesa, donde los palacios son casi del triste negro londinense...ciudad en la que las tres cuartas partes de sus calles apestan, donde las mujeres llevan sombreros de paja, el agua del Arno, cuando la hay, es de color café con leche, los lungoarni (las riberas del Arno) son una letrina pública, ... reina una humedad letal, y que lo único bueno que tiene son el bajo costo de la vida y el maravilloso museo degli Ufizzi".

Los ejemplos podrían multiplicarse. Casanova la odiaba. La encontraba insalubre y también él escribió acerca del feo río que se seca durante el verano. E incluso -el gran inmoral- se permitió escandalizarse por la veneración con que los florentinos escuchaban en la ópera las voces de los castrati. Claro que otros muchos autores -la lista sería interminable- se han entregado a ella sin condiciones.

Al viajero que la recorrió a

principios de otoño, la ciudad lo apabulló con su opulencia y acabó por llenarle el corazón de melancolía, especialmente cuando pensó que tenía que abandonarla sin poder contemplar muchas de las obras que hubiese querido ver; y también, que había contemplando otras deprisa -después de haberse pasado horas haciendo cola a la puerta de alguno de los monumentos o museos-, y pensó en muchas de esas obras que lo habían fascinado y ante las que no había tenido más remedio que pasar precipitadamente: los esclavos de Miguel Angel, los cuadros de Botticelli, una Madona de Rafael, el herido Cristo de Cimabué que resultó irreparablemente dañado en la última inundación del Arno, y que esa mutilación ha convertido en aún más conmovedor, los frescos de la capilla dei Magi. Repasaba en su mente esas obras y deseaba volver a verlas y, al mismo tiempo, pensaba que seguramente algunas de ellas no volvería a verlas nunca más. ¿Cómo repetir paso a paso en otro viaje el mismo recorrido de esta vez? ¿Cuándo? Digamos que Florencia le contagió al viajero la avidez por la desmesura y le hizo añorar el tiempo de los dioses, que como diría Cernuda, es un tiempo cuyo ritmo no se acuerda, por largo y vasto, a nuestro pobre ritmo humano, corto y débil. Desgraciadamente, muchas de esas imágenes de Florencia ya sólo existirán, cada vez más frágiles y deformes, en su recuerdo, o en la desvaída ilustración de un libro. ■

Agenda

DONDE DORMIR

Florencia cuenta con infinidad de establecimientos hoteleros de todas las categorías. Con frecuencia, los de las inferiores suelen estar sobrevalorados y defraudan, por hallarse en viejos edificios mal adaptados. Por el contrario, los más lujosos sorprenden por su refinamiento. Los clásicos dentro de la ciudad son el *Grand Hotel Baglioni* y el *Majestic*. Aunque los más soberbios se encuentran en las cercanas colinas, con vistas a la ciudad e instalados en elegantes villas: *Grand Hotel Villa Cora, Torre di Bellosguardo, Relais Certosa*, o *Villa La Massa* son algunos de estos privilegiados refugios.

QUE VISITAR

Florencia es, a la vez, una pequeña ciudad y un museo inabarcable. Algunos lugares imprescindibles son, sin duda, la iglesia de *San Miniato*, de bellísima arquitectura y mirador privilegiado sobre el conjunto urbano. El *Duomo*, con la cúpula de Brunelleschi y la torre del Giotto; y el *Baptisterio*, con sus deslumbrantes mosaicos y las increíbles puertas de Ghiberti. El convento de *San Marco*, con las ingenuas pinturas de Fra Angelico. El conjunto de *Santa Croce*, con las tumbas de Miguel Angel, Maquiavelo, Rossini y Galileo, las esculturas de Donatello y Benedetto da Maiano, los inolvidables frescos del Giotto, el conmovedor Crucifijo de Cimabué, y la capilla *Pazzi*, de Brunelleschi. La iglesia de la *Trinitá. San Lorenzo*, con la biblioteca laurenciana, la sacristía vieja de Brunelleschi y la sacristía nueva, de Miguel Angel, que guarda las inconmensurables *tumbas de los Médici*. La basílica de *l'Annunziata*. La iglesia de *Santa Maria del Carmine* y su maravillosa capilla *Brancacci*, con los frescos de Masaccio, Filipino Lippi y Masolino, obra maestra del renacimiento; como también lo son los de la *capilla dei Rei Magi* del *palazzo Medici*, obra delicadísima de Gozzoli.

Imprescindible resulta caminar por la ciudad, recorrer palmo a palmo sus sombríos callejones, sus *largi*, detenerse en la *Piazza della Signoria*, entrar en el *Palazzo Vecchio*, pasear por las riberas del Arno, asomarse a la iglesia de *Orsanmichele*, antigua lonja comercial, o visitar Santa Maria Novella.

Entre los museos, resultan imprescindibles la *Galleria degli Uffizzi* y el *Palazzo Pitti*, ambas colecciones de una riqueza indescriptible que recogen las mejores firmas del arte universal; pero sería un error no visitar también la *Galleria dell'Accademia*, donde se guardan, entre otras obras, el David de Miguel Angel y sus imponentes esclavos; o el *museo del Bargello*, con sus soberbias colecciones escultóricas que incluyen obras de Cellini, entre otros muchos.

Entre los jardines, el más espléndido es el de *Boboli*, tras el Palazzo Pitti; el más grande, aunque descuidado, es *Le Cascine*, en las afueras, pero los hay soberbios en las villas de los alrededores de la ciudad. En fin, Florencia resulta una ciudad inagotable que podría ocupar varias vidas de cualquiera que estime el arte.

DONDE COMER

El restaurante lujoso -y caro- por excelencia es la *Enoteca Pinchiorri*, situada en un palacio de la via Ghibellina, cuenta con una magnífica bodega y sirven un menú toscano. De las mismas características, incluida la gran bodega, es *Don Chisciotte*. El autor del reportaje prefiere, con mucho, la *Cantinetta Antinori*, también instalada en un bello palacio de la plaza Antinori, y que sirve vinos de la casa del mismo nombre y magníficas comidas en un espacio animado y elegante a la vez. Uno puede deleitarse allí con magníficos *crostini al tartufo* (o sea, a la trufa), o con delicadas *trippe alla fiorentina*.

Sostanza, La Baraonda, Dei Fagioli, o *Il Latini* son también buenos lugares de cocina popular. Entre los bares de vinos que sirven magníficas comidas están la *Cantinetta dei Verrazzano, La Mescita y Le volpe e l'uva*: en todos ellos tienen completas cartas de vinos toscanos y sirven embutidos (la popular *finocchiona*, un grueso salchichón perfumado al hinojo), quesos, y crostini untados con higaditos o perfumados con trufas.

La ciudad está repleta de correctas *trattorias* y de lugares en los que se pueden tomar excelentes *pizzas*. Son los mejores sitios para comer de prisa y sin complejos, ya que en ellos nadie se extraña si uno pide sólo un plato. Muchos establecimientos sirven pizzas "al taglio", es decir, al corte. Y no hay que olvidar que el concepto pizza tiene algo de recipiente (la pasta) que puede albergar cualquier cosa: verduras, carnes, queso, pescados, salazones...

Los florentinos elaboran buenos dulces de huevo y almendra (*biscoti di Pratto*) y consumen cantidades ingentes de helados en cualquier época del año. *Vivoli, Perche no?* o *Carabé* son prestigiosas heladerías, mientras que *Giacosa, Gilli, Dolci Dolcezze, Robiglio* o *Sieni*, entre otras, componen el mapa de la dulcería de la ciudad.

Alessi, Guidi y *Gambi* son buenas tiendas de vinos. Y, en los alrededores del Mercado Central, que merece la pena visitar, existe un auténtico laberinto de ultramarinos, tiendas y bares de tapas lleno de vitalidad, buenos sabores, y de eso que se llama "color local".